

## Introducción:

### *Universidad, investigación y guerra*

FLORENTINO MORENO MARTÍN Y FLORENCIO JIMÉNEZ BURILLO

Decía Federico II, al que llamaban *el Grande*, que ninguna situación es tan grave que no sea susceptible de empeorar. Aunque, efectivamente, siempre se puede estar peor, es difícil concebir una situación más dramática que la guerra. Visto a través del celuloide o de las asépticas pantallas televisivas, el espectáculo bélico puede resultar, en ocasiones, estimulante y hasta divertido; quienes lo viven como víctimas, rodeados de destrucción, muerte y calamidades, no suelen tener la misma visión. Sucede con la guerra lo que con otros muchos fenómenos: no es lo mismo contemplarlo desde la platea, que formar parte de lo que solemos denominar, en una expresión muy castrense, el *teatro de operaciones*.

Siendo la guerra un hecho social tan importante, al que se dedican permanentemente ingentes recursos humanos y materiales, un fenómeno que transforma radicalmente todos los ámbitos de la vida de las poblaciones y que irremediablemente involucra a todos los miembros de las comunidades en las que se desarrolla, resulta sorprendente la aparente falta de atención que le dedican las ciencias sociales. Al comparar la actividad científica desarrollada en torno a cualquier acontecimiento social (publicaciones, congresos, asociaciones, etc.) con la que se dedica al tema de la guerra, parece que ésta siempre sale peor parada. La realidad sin embargo no es esa. El mundo científico dedica más atención a la guerra (armamentos, telecomunicaciones, preparación castrense, etc) que a cualquier otro fenómeno. Lo que se encuentra más descuidado por las academias y

los centros de investigación, son los estudios rigurosos de las alternativas a las confrontaciones bélicas.

Resulta ciertamente paradójico comprobar que frente al amplio consenso que existe entre la población en contra de la guerra, oposición que comparten honestamente muchos de sus protagonistas más directos, haya tantos estudiosos que se dediquen a analizar las formas más eficaces de llevarlas a cabo y tan pocos abocados a la tarea de imaginar alternativas para evitarlas. Este abrumador desequilibrio no puede ser explicado atribuyendo intenciones malévolas y destructivas a quienes, directa o indirectamente, se relacionan con el ámbito militar. Sin excluir la existencia de pensadores y técnicos entusiasmados con la idea de aniquilar a otros seres humanos, no es ésta la actitud habitual. La mayor parte de investigadores y tecnólogos vinculados al complejo mundo de la preparación de la guerra, no suelen reflexionar con frecuencia sobre las consecuencias de su trabajo, y no lo hacen por diversas razones.

- No es sencillo establecer un nexo de unión entre un trabajo particular, aparentemente inocente e inocuo, como fabricar un tornillo de un avión de combate, pasar pruebas psicológicas para clasificar soldados o hacer el balance económico de unas maniobras militares, y la realidad trágica de la guerra, especialmente en países como el nuestro que habitualmente no participan directamente en conflagraciones bélicas. Esta tal vez sea la razón más pueril, pues cualquier persona mínimamente inteligente comprende tarde o temprano la finalidad de su trabajo.
- Aun reconociendo la contribución indirecta de su trabajo, son muy pocos los que asumen su responsabilidad personal, aunque sea lejana y minúscula, con sucesos que les desbordan claramente. La asunción de la responsabilidad individual histórica es una pesada carga decimonónica con la que cargaron bohemios existencialistas de mediados de siglo, pero que no le cuadra demasiado bien al hombre medio actual, demasiado preocupado con su incorporación a un mercado de trabajo tremendamente competitivo como para interponer criterios morales inespecíficos al desempeño de una función social legal y respetable.
- La difusión de responsabilidad se ve favorecida por la jerarquización de funciones. Siempre es otra persona u otra institución la que asume las decisiones.

- En el ámbito epistemológico, el ímpetu positivista que domina grandes capas del quehacer científico, va generando, de forma cada vez más clara, la conciencia generalizada de que todo dato es válido intrínsecamente si la metodología para obtenerlo es correcta. El conocimiento tendría un valor en sí, independientemente de la utilidad que pueda dársele. Se trata, por decirlo de forma clara, del viejo debate entre los que consideran la ciencia un fin en sí mismo y los que le atribuyen un valor funcional. Es frecuente escuchar que los científicos no tienen la culpa del mal uso de sus descubrimientos. Este argumento puede argüirse en algunos casos, pero es difícil defenderlo en el caso de la fabricación de armamento o el de la preparación del personal militar. ¿Qué otro uso puede hacerse de esos instrumentos?.
- De entre todos los argumentos para explicar el desequilibrio entre los grandes medios que se dedican a preparar la guerra y los pocos a investigar en su contra, el más repetido y sólido es el que se basa en la máxima latina tan conocida “si quieres la paz prepárate para la guerra”. Los ingentes esfuerzos militares tendrían como fin no la guerra sino la paz. Es preciso ser realistas: la debilidad implica sumisión y por tanto hay que prepararse para ser respetados. ¿Cómo responder a una agresión si no se tiene preparación militar? ¿qué hacer cuando el fuerte humilla y oprime al débil por el simple deseo de esclavizarle?.

Las respuestas a estas preguntas resultan complejas. De hecho en los albores de una guerra, cuando nuestro país, nacionalidad o grupo de referencia está más directamente involucrado, hasta a los más contrarios a la guerra les resulta difícil rebatir los argumentos de los que la consideran inevitable. Más allá de elementos puramente emocionales se escuchan pocas voces que propongan alternativas factibles y más eficaces que la guerra para solucionar el conflicto.

Aunque pasados los combates y firmados los armisticios o rendiciones, suele dudarse de la efectividad de las conflagraciones, en el momento previo al inicio de las hostilidades la guerra se presenta siempre como la única solución eficaz para resolver el conflicto. Aparentemente lo es, y resulta en ocasiones complicado argumentar la eficacia a largo plazo de otras alternativas. Pero es precisamente en esta dificultad donde el científico debe encontrar el reto a batir. La sal de la ciencia, no está en perfeccionar mecanismos ya descubiertos, sino en superar problemas aparentemente irresolubles.

La investigación para la paz y contra la guerra no se justifica exclusivamente en sus posibles resultados y propuestas técnicas o políticas, su existencia responde además a una necesidad, no sólo epistemológica, como se comentaba en el párrafo anterior, sino también de complementariedad social. Como consecuencia de las dos guerras mundiales, pero especialmente de la carrera de armamentos que rodeó la Guerra Fría, ha ido surgiendo en los países más desarrollados una importante corriente de opinión de oposición a la guerra que ha hecho fraguar distintos movimientos asociativos de carácter pacifista, que a su vez han influido de forma más o menos clara en otros colectivos sociales ya establecidos. En el ámbito de la paz, como sucede con cualquier otro fenómeno, investigación y movimientos sociales se nutren mutuamente, el estudio de fenómenos socialmente irrelevantes se difumina en restringidos circuitos académicos, del mismo modo que las inquietudes sociales sin respaldo teórico y sistematizador se empobrecen y estereotipan.

La dedicación rigurosa y sistemática de profesionales competentes del ámbito científico y académico al estudio de las posibilidades alternativas a la guerra, puede contribuir a deshacer un cierto estado de opinión que el movimiento pacifista lleva prendido como un estigma: el de que la lucha por la paz, la oposición a las conflagraciones armadas, es una especie de acné juvenil de adolescentes desocupados e irresponsables que desconocen la realidad de la vida, o lo que es aún peor, que quienes se manifiestan contra la guerra son en realidad lobos con piel de cordero, naufragos de utopías totalitarias o, simplemente, traidores a los valores comunes del gran grupo (democracia, nacionalidad, Estado nacional, patria...).

Todo investigador sensato sabe que no es posible realizar una ciencia completamente libre de valores, pero en el caso que nos ocupa este postulado se convierte casi en un axioma. Del mismo modo que detrás de la investigación para la paz y del movimiento pacifista existen una serie de valores más o menos sistematizados, es decir, unas ideologías (aparatos simbólicos que dan sentido a la acción), sería un error pensar que tras el conjunto de científicos y profesionales que colaboran con la industria militar y las instituciones armadas, sólo se encuentra la técnica pura, ajena al devenir político e ideológico. Subsanan este error que etiqueta al profesional crítico como un hacedor de política y a aquellos que se limitan a cumplir con su deber profesional como científicos despolitizados (y por tanto más rigurosos e imparciales) constituye un reto para quienes nos dedicamos a reflexionar sobre la realidad social.

Si comparamos con los países de nuestro entorno europeo, en el Estado español el número de científicos y profesionales dedicados a la investigación para la paz es muy escaso. Esta escasez no se justifica por la inexistencia de una inquietud social que lo respalde, ni siquiera por la supuesta inexistencia de grupos de acción pacifista. Sin pretender hacer un análisis exhaustivo de las causas del fenómeno, hay una razón que conviene señalar: el pobrísimo papel jugado por las universidades españolas. Si bien es cierto que en otros países gran parte de la investigación para la paz se desarrolla no en las aulas universitarias, sino en institutos y fundaciones privadas, en España, donde también existen algunos centros de este tipo, no existe una tradición consolidada de investigación social extra-universitaria. De este modo los profesores e investigadores que desarrollan su trabajo dentro de la universidad, y tienen inquietudes en este tema, carecen en muchas ocasiones de vías institucionales para llevarlas a cabo en el ámbito académico. Muchos de estos profesionales colaboran con organismos no gubernamentales de investigación para la paz, de cooperación para el desarrollo, de resolución no violenta de conflictos, de defensa de derechos humanos, etc. De esta colaboración han surgido interesantes intercambios en los últimos años, pero no cabe duda que éstas son absolutamente insuficientes para hacer frente a un problema tan importante.

Una de estas iniciativas, que pretendía involucrar a la institución universitaria en la búsqueda de alternativas a la guerra y estrechar los contactos entre profesores universitarios, investigadores por la paz y grupos de ciudadanos interesados por el tema, fue la que dio lugar a este libro. Durante los días 21, 22 y 23 del mes de Mayo de 1991, tuvo lugar en el Campus de Somosaguas de la Universidad Complutense lo que denominamos como el *Primer encuentro nacional* (y con este preámbulo pretendíamos sugerir una continuidad a la iniciativa) sobre "*La guerra: realidad y alternativas*". Estas jornadas, organizadas conjuntamente por las tres Facultades del campus: Psicología, CC. Políticas y Sociología y CC. Económicas y Empresariales, por iniciativa del departamento de Psicología Social, reunieron en un foro de discusión y análisis a psicólogos, economistas, politólogos, sociólogos, periodistas, pedagogos, lingüistas, filósofos, y en general a un amplio abanico de profesionales de dentro y de fuera de las universidades del Estado español.

El objetivo concreto del encuentro era claro: reflexionar desde una perspectiva interdisciplinar sobre el fenómeno de la guerra y las posibles alternativas a la misma. Aunque el precedente inmediato, lo

que movilizó a cientos de personas a participar en las jornadas, fue la Guerra del Golfo, a la que los ponentes aludieron en numerosas ocasiones, desde la organización del encuentro buscábamos ir más allá del análisis específico de este conflicto bélico, utilizando el mismo como excusa para abrir posibles líneas de investigación y acción coordinada intra y extra-universitaria.

Este objetivo, difícil de llevar a la práctica, nos llevó a hacer un encuentro que por su carácter abierto reunió no sólo a profesionales de distintas disciplinas, como requería el tema de estudio, también la procedencia institucional de los participantes, ponentes y asistentes a los debates, era sumamente heterogénea: profesores universitarios, responsables políticos, periodistas, portavoces del ámbito militar, representantes de grupos pacifistas, coordinadores de centros de investigación gubernamentales y privados, diplomáticos, etc.

La diversidad del encuentro se presenta en este libro, donde, por la insistencia de las peticiones de numerosos asistentes, hemos recogido la mayor parte de las intervenciones de los ponentes. En un principio nuestra intención era publicar todas las conferencias tal y como se desarrollaron, es decir, transcribiendo lo que en el auditorio se dijo. En general así se ha hecho, sin embargo varios de los participantes han preferido reestructurar completamente su intervención ajustándola más al estilo de un artículo impreso. Del mismo modo, para hacer una agrupación más lógica de las intervenciones se ha estructurado el libro en cinco apartados, que no coinciden exactamente con las seis mesas de trabajo en las que se dividió el encuentro.

La publicación de este libro, como la realización del Encuentro en el que está basado, es fruto de un conjunto de espléndidas colaboraciones que deseamos reconocer y agradecer: el Rector Magnífico de la Universidad Complutense (D. Gustavo Villapalos) gestionó la obtención de fondos y facilitó toda la infraestructura de la Universidad al comité organizador, compuesto, además de por los compiladores de este volumen, por los Decanos de las Facultades de Psicología (D. José María Arredondo), Ciencias Económicas y Empresariales (D. Carlos Berzosa) y Ciencias Políticas y Sociología (D. Juan Luis Paniagua). Algunas de las mesas en las que se estructuraron las jornadas fueron coordinadas por tres profesores de la misma universidad: los doctores Celestino Arenal, Roberto Mesa y Teodoro González Ballesteros. Tanto el Instituto de Estudios Políticos para América Latina y Africa (IEPALA) como el Centro de Investigación para la Paz (CIP) brindaron su red de asociados y amigos para difundir la

publicidad de las jornadas. El equipo económico de la Facultad de Psicología colaboró con eficacia en la gestión del encuentro, y buena parte del personal de servicios, junto con algunos becarios y estudiantes de esta misma Facultad, facilitaron la realización del mismo.

El resultado final de este esfuerzo lo tiene el lector en sus manos. Un libro de enorme diversidad de estilos, temáticas y opiniones, en el que bajo el denominador común de su título “*la guerra: realidad y alternativas*”, se han escrito 16 artículos que se extienden más en la primera parte del binomio: la *realidad* de la guerra, y de forma menos intensa, como se corresponde a la desproporción teórica existente, a las *alternativas* a la misma. Es preciso equilibrar mejor esta balanza a través de un trabajo cotidiano riguroso, para que cuando se promuevan nuevas iniciativas de este tipo tengamos más y mejores argumentos para contraponer a la idea de la guerra, porque en este terreno, como diría Balzac, la resignación es un suicidio cotidiano.

# LA GUERRA: REALIDAD Y ALTERNATIVAS

F. Moreno Martín  
F. Jiménez Burillo  
(Coordinadores)



Editorial Complutense